

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL

AÑO II
NUM 96

40 Cents.

19 DICIEMBRE
1926

EL MUNDO DE
MADRID



PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.—ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: SAN SEBASTIÁN.—ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID CALLE DE VALENCIA, 28. APARTADO 447.—SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA. AÑO 20 PESETAS. SEMESTRE 10 PESETAS. TRIMESTRE 5 PESETAS. OTROS PAÍSES AÑO 30 PESETAS.



El Capitán Corretón y sus Chicos Tin y Ton

¡BUENAS NOCHES, HERMANITO! ¡QUE DESCANSES! ¡NO OLVIDES QUE EN CUANTO UNO DE ESTOS POLLOS SUELTE UN KIKIRIKI DE PECHO, TENEMOS QUE LEVANTARNOS Y SALIR PARA LA CHINA!



¡BUENO, LALLA, QUE SI NO, NO DEJAS KIKIRI-QUEAR!



¡VENGA, VENGA! ¡MAS DE PRISA!

¡UN! ¡DOS! ¡TRES!

¡AH! ¡QUE LIGERO ES EL CAPITÁN!



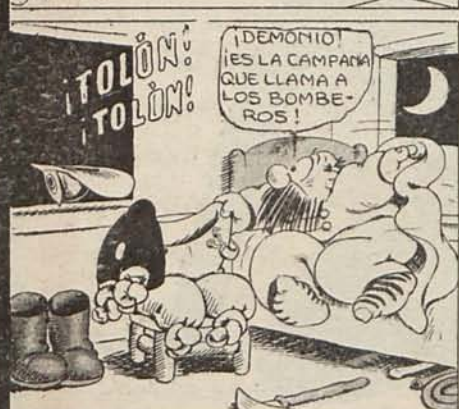
¡HAS TARDADO CUATRO SEGUNDOS! ¡CON UN BOMBERO COMO TÚ, PUEDE ESTAR TRANQUILLO EL PUEBLO!

¡ES UN HACHA EL CAPITÁN-BOMBERO!



¡SI EL CAPITÁN ESTORNUDA, NO HAY FUEGO QUE SE LE RESISTA!

¡Y CON ESTOS MUELLES EN LAS BOTAS VA A IR DANDO SALTOS!



¡TOLÓN! ¡TOLÓN!

¡DEMONIO! ¡ES LA CAMPANA QUE LLAMA A LOS BOMBEROS!



¡TOLÓN! ¡TOLÓN!

¡POR SATANÁS! ¿QUIEN ME HA ANUDADO LOS PANTALONES?

¡EH! ¿HAS OIDO LA CAMPANA?



¡TOLÓN! ¡TOLÓN!

¡RAYOS Y TRUENOS! ¿QUIEN ME HA ANUDADO LAS MANOS?



¡TOLÓN! ¡TOLÓN!

¡AY!

¿PERO ESTAS CIEGO, QUE NO OYES? ¿QUE HACES QUE NO VAS A APAGAR EL FUEGO?



¡TOLÓN! ¡TOLÓN!

¡BOMBAS Y TRUENOS! ¡SE ME HA ESCAPADO LA BOTA!



¡TOLÓN! ¡TOLÓN!

¡AH! ¡MEJUEGO UN DURO A QUE HAN SIDO ESAS HIENAS!

¡ESO ES! ¡ENTRETENTE EN JUGAR MIENTRAS EL PUEBLO ARDE!



¡TOLÓN! ¡TOLÓN!

¡VALIENTE CALAMIDAD DE BOMBERO!



¡TOLÓN! ¡TOLÓN!

¡EH! ¡ALLA VOY YO!



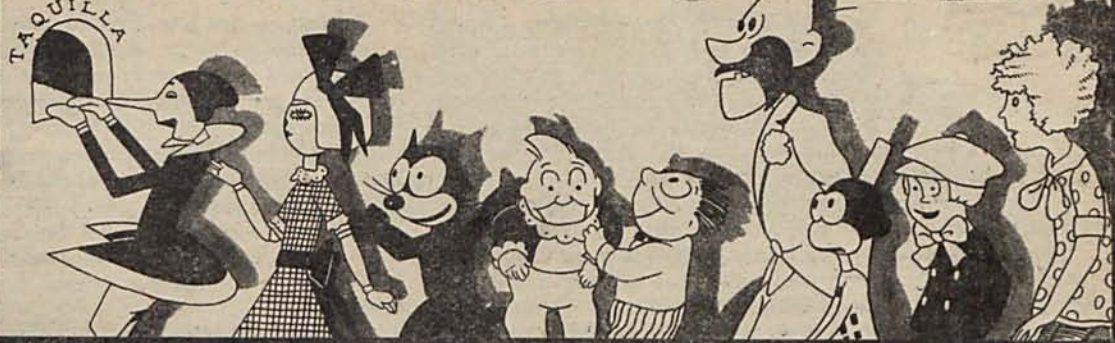
¡TOLÓN! ¡TOLÓN!

¡ANDA, BOMBERO! ¡APAGA EL FUEGO!

**PROGRAMA
PARA HOY
EL GATO
DE LA
SUERTE**

Sensacional

GRAN CINE



En plena tormenta.

Érase una oscura y tormentosa noche del otoño, durante la cual un viento áspero y bramador, silbando y lanzando alaridos sobre la orilla del mar, hacía crujir y golpetear a las viejas y mal ajustadas puertas de la casa barquera de Mason como violenta protesta contra los combates de la tempestad. Ni los golpes ni los crujidos molestaban al joven Guillermin Mason, que trabajaba dentro de la caseta muy activamente, dedicado a repintar una de las barcas de su padre, mientras que con su alegre silboteo lograba dominar hasta los silbidos del huracán.

Sin embargo, cuando una quejumbrosa ráfaga, soplando por las hendiduras de la puerta, casi le apagó su lámpara, hubo de pensar Guillermin que había llegado el caso de remediar lo que pudiese.

—Probaré a tapar las hendiduras con esas viejas lonas —se dijo animosamente.— ¡Caramba! ¡Vaya una nochecita!

Tal era la fuerza del viento, que al entreabrir la puerta para sujetar la lona entre sus hojas, la ráfaga casi derribó al muchacho.

Fluctuó la llama de la lámpara, arrojando solamente escaso resplandor sobre el terreno que se extendía ante la puerta. Pero más allá de tan estrecho círculo luminoso quedaba todo sumido en la más densa oscuridad, salvo en los instantes en que el vivo resplandor del relámpago iluminaba la escena, dejando ver las distantes olas, encaperuzadas de blanco, que galopaban hacia la costa.

Subyugado por la grandiosidad del espectáculo, lo contempló Guillermin durante un momento. Como la caseta estaba situada fuera por completo del alcance de las más vivas marejadas, podía, sin el menor peligro, verlo todo y admirar la escena. Un súbito y penetrante rayo luminoso lo iluminó todo durante un segundo tan claramente como si fuese de día. En tan breve espacio de tiempo vio Guillermin algo que amenazaba concluir en tragedia. Navegaba un hombre en un botecillo sobre aquellas furiosas aguas, tratando, en vano, de avanzar hacia tierra. Un murallón de agua cogió al barquichuelo de costado, volcándolo instantáneamente y lanzando a su ocupante a luchar con el mar embravecido. Los perspicaces ojos de Guillermin apreciaron todos los detalles de la escena, actuando rápidamente su cerebro. Como la caseta se alzaba en un paraje solitario de la costa y el pueblo más próximo distaba más de dos millas, todo auxilio era imposible; pero había que hacer algo en favor de aquel desgraciado.

Sólo un recurso había y Guillermin le adoptó. En breves instantes arrastró uno de los botes de su padre al borde de aquellas amenazadoras olas y un momento después bogaba precisamente hacia afuera, yendo bien derecho hacia el sitio donde volcó el barquichuelo. Pero pronto se dió cuenta de que el naufrago había sido arrojado a cierta distancia; por lo cual gritó con todas sus fuerzas, tratando de hacerse oír a pesar del estruendo de la tormenta; una voz no muy lejana contestó a la suya.

—¡Socorro! ¡Socorro!

Desalenta y débil, mostraba sin embargo aquella voz que su poseedor aún flotaba con vida.

El resplandor de un relámpago mostró a Guillermin la sombra de una cabeza que bamboleaba las olas, y con asombrosa rapidez acertó a sacar el inanimado cuerpo del hombre y a

salvarle en el bote. Mucho antes de que el naufrago salvado recobrase sus alientos para hablar, habían conseguido ganar nuevamente la orilla sin contratiempo alguno.

—¡No sé como darte las gracias, muchacho! —murmuró al cabo de un rato.

—Ni se moleste usted en ello —contestó Guillermin—. A ver ahora si puede subir a la caseta. Está enfrente, sobre ese ribazo. Desde aquí puede usted ver la luz.

Asintió el desconocido, y así que Guillermin le ayudó a desembarcar, vadeó la resaca y empezó a remontar personalmente las rocas de la ribera.

Entretanto, saltó Guillermin de su bote y se esforzó en sacarle fuera del alcance de las olas; aun siendo muy ligera la embarcación, no era muy fácil la tarea, así es que tardó más de diez minutos en regresar a la caseta.

El desconocido estaba dentro, sentado en el borde de un bote y con mucho mejor aspecto. Al entrar Guillermin le dijo:

—¡Muchacho, cierra esa puerta!

Algo sorprendió a Guillermin tan seco modo de ordenar; pero cerró las hojas de la puerta, metiendo algunas lonas entre ellas para evitar la corriente de aire y luego se dirigió hacia donde se había sentado el desconocido a quien acababa de salvar.

—Creo que lo mejor que podía usted hacer era venirse conmigo a casa —le dijo—. Mi padre supongo que le podría facilitar otras ropas, y de todos modos se daría usted un calentón.

—¡Oh, no; de ningún modo! —exclamó el otro con gran viveza; y advirtió Guillermin que le miraba de un modo raro y furtivo—. No puede ser... Es decir, tengo amigos cerca de aquí, y no quiero de ninguna manera molestar a tu padre. Pero repito que te estoy sumamente agradecido —prosiguió el hombre—, y no llevo dinero para compensarte.

—Ni lo necesito —repuso Guillermin prontamente—. No he hecho más que lo que cualquiera hubiese hecho en semejante ocasión.

—Lo dudo bastante —dijo el desconocido con gran acritud—. Pero me agradaría que aceptases esta pequeña muestra de mi estimación y gratitud. Llévelo siempre y serás tan afortunado como mereces.

Diciendo lo cual, descolgó de su cadena de reloj un diminuto, pero lindamente engastado, gato de plata. Dando el dije a Guillermin, continuó el desconocido:

—Tengo que marcharme ya. Fué una gran tontería dejarme atrapar por la tempestad; pero estaba pescando y no me di cuenta de la formación de la tormenta; así, cuando estalló la borrasca, me encontré ya imposibilitado para volver a tierra. Lo demás bien lo sabes, afortunadamente para mí.

Poco más era preciso hablar; así es que Guillermin acompañó hasta la puerta a su visitante, y en seguida, después de guardar los tarros de pinturas, volvióse a casa para cambiarse sus ropas aún mojadas, conservando el lindo gatito de plata.

Extraña gratitud.

Al día siguiente de su valiente hazaña de salvamento, circulaba Guillermin por la ciudad en bicicleta. Llevaba su traje nuevo, con zapatos de color, y de su cadena del reloj colgaba el dije del gatito de la suerte. Le habían convidado a una reunión, y como el dije era verdaderamente un precioso





ejemplar del arte de la platería, decidió lucirle. No solía ir de tertulia la tarde de los sábados porque pertenecía a un grupo de *boy scouts* y los dedicaba por lo general a ir con ellos de excursión o a

sus juegos especiales en descampado. Al acercarse al páramo donde se reunían, se dijo:

—A ver si veo a los muchachos; aunque lo dudo, porque el breñal es muy grande y se suelen ir hacia el otro lado.

Sin embargo, miraba Guillermin buscando a sus camaradas, cuando de pronto notó la presencia de un hombre que en medio de la carretera maniobraba agitadamente.

Junto a él estaba parado un automóvil pequeño cerrado y de dos asientos. Guillermin se figuró que alguna avería motivaba su agitación. Por lo cual acortó la marcha y se disponía a desmontar.

—¿Qué pasa?... — es cuanto pudo decir, porque en seguida notó apresurados pasos detrás de sí, y que le echaron un pañuelo oscuro, tapándole la cabeza.

—¡Crofter, al coche con él! —dijo el hombre que le había detenido, y en el acto se sintió el muchacho arrancado de su bicicleta y arrojado al automóvil.

Claro es que durante tal atropello, luchó enérgicamente, sobre todo con las piernas, pero sin resultado. Su acometedor sujetó apretadamente el sofocante puño sobre su cabeza, así es que Guillermin, a poco de echar a andar el auto, sintió gradualmente que sus fuerzas le abandonaban. Pero de pronto, cuando llevaban unos diez minutos de marcha, el coche se paró después de una fuerte sacudida y Guillermin se sintió arrojado al exterior. Le hicieron subir varios tramos de escalera de madera y luego un corto trozo de escala. Dejaronle ya sobre sus pies, y le quitaron el paño que rodeaba su cabeza. Aunque algo ofuscado por la luz repentina, Guillermin miró en torno suyo. Se encontraba en una especie de sobrado o desván, cuya única entrada consistía en la escala que conducía al piso de abajo desde un hueco cuadrado que se abría en el centro del suelo.

—¿Qué significa todo esto? —empezó a decir coléricamente; pero fué interrumpido por una voz conocida.

—Espera un momentito, pequeño, y todo te lo diré —dijo aquella voz.

Miró fijamente Guillermo a quien le hablaba, y en seguida hizo un gesto de sorpresa al reconocer al hombre a quien salvó del naufragio la noche antes.

—Sí; en efecto; soy yo quien te dió el gatito de plata —dijo al advertir la mirada de sorpresa del muchacho, a la vez que mostraba el dije que durante el recorrido del auto había desprendido de la cadena de Guillermin—. Si te estás quieto un momento te contaré una historietita. Como cuando salgamos de aquí hemos de estar bastante lejos el uno del otro, no me importa que me conozcas.

Para Guillermin no había más solución posible por el momento que estarse quieto, porque se dió cuenta de que no podía luchar con ventaja contra aquel hombre.

—Anoche, cuando me atrapó la borrasca —continuó diciendo el llamado Crofter—, no estaba pescando, sino que trataba de llegar hasta una barca que me esperaba mar adentro. Este señor —dijo señalando a su compañero— me aguardaba a bordo. Pero como bien sabes tú, no me acompañó la suerte. Después te di el gatito de plata; dentro de él hay un rubí de gran valor que hemos robado, y como yo trabajo en casa del joyero a quien pertenecía, pensé que era bastante peligroso tenerle en mi poder mientras estuviese en tierra. Por eso te le entregué, sabiendo que podría fácilmente recobrarle cuando lo quisiese; es cuanto tenía que decirte.

Y con ofensiva intención concluyó:

—Mucho me temo que te tendremos que atar ahora para asegurarnos de que no te moverás de aquí hasta que no estemos a salvo a bordo del barco de mi amigo. Pero ¡cal, suéltale, granujilla.

Profería estas exclamaciones porque Guillermin había arrebatado el dije de plata de las manos de Crofter, y en seguida un objeto brillante voló por el aire para desaparecer por el hueco abierto en el suelo del desván.

—No, no lo tendréis —expresó Guillermin lleno de ira y haciendo cara a los dos hombres, que a la vez se echaron a reír.

—Pronto lo recobraré —dijo Crofter yendo hacia la escala—. ¡Taylor!, ten cuidado de él.

Pero Taylor tuvo que echar el resto en cuidarse de sí mismo, porque no bien desapareció la cabeza del otro bajo el nivel del suelo, dió Guillermin un salto hacía adelante, lanzándose recto contra el pecho del hombre.

Sorprendido éste, fué bamboleándose hacia atrás hasta dar un trapiés sobre el borde del hueco, no tardando en ir a chocar abajo contra la cabeza de su compañero.

Sin perder un momento, inclinóse Guillermin y cogió la escala, a cuyo pie yacían ambos granujas en agitado montón.

Sin cuidarse de sus gritos, tiró de la escala, subiéndola al desván, dejándolos embarrancados en el piso de abajo.

Sacó entonces del bolsillo un pequeño objeto de plata; el gatito.

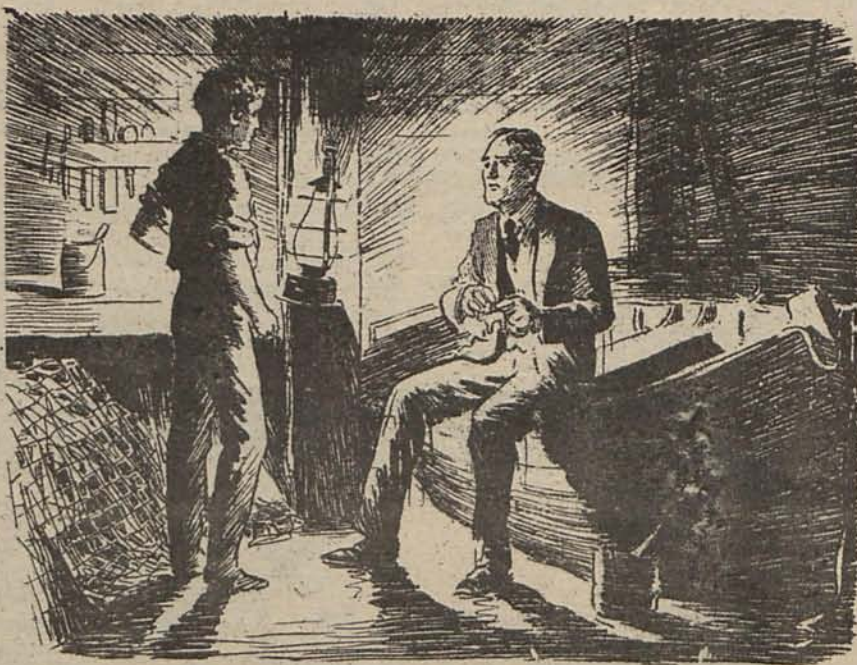
Lo que vieron caer los hombres por el hueco del piso no valía ni cincuenta céntimos.

Riéndose del modo como había engañado a los dos bribones, cruzó Guillermin hacia la ventana, le bastó una mirada para reconocer el sitio donde se encontraba; el viejo molino del breñal.

Lanzó en el acto un alegre grito, porque no lejos de allí maniobraba una columna de muchachos que eran compañeros suyos como *boy scouts*. Sin detenerse, forzó la ventana, pidiendo socorro; fueron oídos sus gritos, y corrieron prestamente los exploradores hacia el torreón justamente a tiempo de apresar a los dos bribones, bien magullados, en el arranque de la escalera.

Bajó entonces Guillermin y refirió su historia; después de lo cual, Crofter y Taylor fueron conducidos al puesto de policía más próximo entre una fuerte escolta de exploradores que dejaba bien pocas probabilidades de escapatoria.

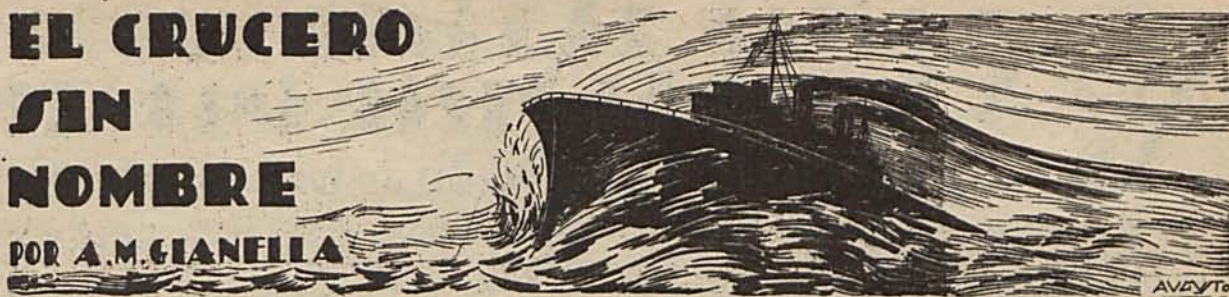
Andando el tiempo, resultó, en efecto, el gatito de plata de mucha suerte para Guillermin, porque las atenciones y recompensas que recibió por su participación en la campaña de los bandoleros, superaron casi a su resistencia.



PINOCHO sortea cada mes CINCUENTA Y OCHO PESETAS EN DINERO y en libros entre todos sus suscritores. En el número primero de cada mes se publica el nombre de los favorecidos.

EL CRUCERO SIN NOMBRE

POR A. M. GIANELLA



(Continuación.)

La embarcación se aproximó y los dos hombres saltaron dentro de ella. Entonces soltaron la amarra, dirigiéndose hacia un *steamer* que permanecía inmóvil, envuelto por la densa oscuridad, a pocos cables de distancia.

Alberto, cambiadas las señas convenidas con los marineros de guardia, subió a bordo en compañía de Mop, el cual le seguía con tática curiosidad.

El *steamer* se puso en marcha, tomando pronto gran velocidad.

Wendover condujo al ex ladrón a un camarote, y después de mirarle fijamente le dijo:

—Mop, me veo obligado a decirlo que sois mi prisionero. Me habéis salvado hace poco; por ello os recompensaré a su debido tiempo. Por ahora es preciso que os tenga bajo seguro a fin de impedir que por una imprudencia involuntaria me perdáis. Por otra parte, de la docilidad con que me habéis seguido deduzco que... no os ha de disgustar el ser mi huésped.

—El joven sonrió y bostezó con ganas.

—Mister —repuso—, vuestras precauciones os resultarán inútiles cuando sepáis que hace veinticinco horas que no como, y que si no me auxiliáis corro riesgo de morir de hambre.

—¿Se habrá vistolo... ¡Ya podíais haberlo dicho antes!

—Aún estáis a tiempo.

—Esperad.

Alberto llamó y mandó al criado que acudió a su llamamiento traer inmediatamente lo que hubiese para comer. Luego, volviéndose de nuevo a Mop, le dijo:

—Pues qué, ¿vuestra profesión... no os proporciona lo necesario?

—He tenido ya el honor, mister, de poner en vuestro conocimiento que ya no soy ladrón.

—¿De veras?

—Así es. Desde que salimos de la cárcel de Liverpool una completa transformación se ha operado en mi alma. Acostumbrado al contacto con gentes peores que yo, vuestra compañía, vuestro dolor y sobre todo vuestra desventura, me habían hecho conocer todos los horrores de mi vida. Odié mi pasado y me decidí a cambiar mi género de vida convirtiéndome en hombre honrado. ¡Ay de mí, cuántas dificultades... en esta nueva profesión!... He recorrido medio mundo desempeñando los oficios más humildes. En tres años cien veces he creído morir como un conde Huguolino cualquiera; pero... mi mano no ha tocado un alfiler que no me perteneciese, que no hubiese ganado con mi honrado trabajo. No me quejo; tengo el corazón limpio y la conciencia tranquila. Pero el hambre es mala consejera, os lo aseguro.

En aquel momento entraron dos marineros y prepararon la mesa.

Alberto Wendover indicó al desgraciado Mop que se sentase. Luego, después de haberle contemplado durante algunos instantes con un compasivo interés, le dejó solo.

Entró en su camarote y se despojó de sus ropas empapadas de agua que le molestaban.

Recordó entonces que Mop estaba, respecto de esto, en un estado deplorable y dió órdenes para que le llevasen ropa seca. Sentóse luego a la mesa, sacó del pecho unos papeles, los extendió sobre el fuego y comenzó a recorrerlos con la vista.

He aquí lo que leyó:

«Comité Secreto de la Liga de los Fenianos.

«Dirección General de los Clubs.

«Mr. Alberto Wendover:

«Han transcurrido los tres años que se necesitaban para la preparación del gran plan libertador y ha llegado el momento de obrar.

«Esta Dirección General está enterada de cómo vos, mister, habéis cumplido las órdenes recibidas, y en nombre de la independencia de nuestra pobre patria oprimida os damos las gracias.

«La razón que nos indujo a daros el encargo de formar un numeroso equipo de marineros escogidos, capaces, además, de llevar a cabo un acto de verdadera piratería, es el siguiente: a vuestra partida de Inglaterra, tres años ha, comenzábase a construir en los arsenales militares de Ply-

mouth un potente crucero destinado al gobierno argentino, de cuya construcción se había encargado a Inglaterra.

«El buque está hoy terminado y será entregado muy pronto, completamente armado, al Estado argentino, recibiendo el nombre de *General Belgrano*.

«Hemos decidido apoderarnos de él, pues para ejecutar con eficacia el plan que debe proporcionar a Irlanda su independencia, o por lo menos incalculables ventajas, se necesita una nave capaz de competir con las unidades británicas en velocidad y potencia.

«Os confiamos empresa tan ruda y ardua, que a alguno pudiera parecer una locura.

«Tanto vos como vuestros hombres arriesgáis la vida; pero si morís habéis conquistado el derecho que corresponde a todos los mártires de Irlanda; si venciérais, ningún honor será suficiente para premiar vuestro heroísmo.

«La empresa no es imposible. El crucero llevará una dotación muy reducida, y como no sospechan nada, os será fácil sorprenderles. ¿Costará sangre?... ¿Habrá víctimas sin culpa?

«Pensad que en Irlanda la gente perece de hambre, de vergüenza y de escarnio; recordad que la guerra tiene duras, pero inevitables necesidades, y nosotros estamos en perpetuo estado de guerra contra los que oprimen a nuestra patria.

Os incluimos todos los datos que puedan seros útiles para la ejecución del plan.

Esperemos.

El Comité Secreto de la Liga de los Fenianos.»

Alberto Wendover levantó la cabeza, dobló la carta tomó luego otro papel que contenía los datos de que la primera hablaba y lo estuvo leyendo con profunda atención. Luego desdobló un tercero.

Este era un nombramiento, en apariencia auténtico, de capitán de fragata de la marina militar argentina a favor de don Rafael Corminas, comandante del crucero *General Belgrano*.

Unidos a este nombramiento había otros semejantes, designando los oficiales de Estado Mayor para tal barco de guerra.

Alberto revisó todos con ojos de satisfacción, reuniólos después y fué a guardarlos en una caja fuerte fija en la pared del camarote.

—Yo tomaré el *General Belgrano* sin derramar una sola gota de sangre —murmuró mientras oprimía el botón de un timbre.

Apareció un marinero.

—Decid al segundo que le espero aquí —ordenó.

Los lectores saben que el segundo de a bordo es el oficial que sigue en categoría al capitán.

Este entraba pocos momentos después en el camarote.

—¿Qué hay? —preguntó Alberto.

Las telas, las gorras y las insignias están a bordo —respondió el segundo.

—Digo esos.

—Están abajo, en la bodega.

—¡Ah! ¿Se quejan?

—No, por cierto; han tomado la cosa a broma.

—Claro, el dinero les ha consolado.

—Naturalmente.

—¿Cómo los habéis cogido?

—De un modo bien sencillo: mandé decir a cada uno que lord Rutwal quería renovar los uniformes del equipo de su *yacht* a vapor, que viniesen a bordo para tomar las medidas y hacer el contrato. Claro es que el hipotético lord Rutwal sois vos y este barco vuestro *yacht*. A medida que se han ido presentando, les hacía subir a la batería, mandaba amordazarlos y luego les dirigía, sobre poco más o menos, el siguiente discurso: «Señor sastre: tenéis que permanecer un mes entre nosotros, seguirnos en un viaje que tenemos que hacer a Plymouth y trabajar durante la travesía del Atlántico en la confección de tantos uniformes de marineros de la armada argentina. Aquí tenéis para consolarlos cinco mil francos, que tendréis la bondad de enviar a vuestras familias, acompañados de una carta concebida en los siguientes términos:

(Continuará en el número próximo.)



HAICAR EL VISIR SABIO Y NADAN EL VISIR INGRATO

CUENTO DE DOS MESES Y UNA NOCHE

En los tiempos de que vamos a hablar dominaba Sinharib en Ninive y en Thor, reinos de la Asiria. Este príncipe, que había llegado muy joven al trono, tenía algunas virtudes naturales; pero el amor a los placeres le hacía desatender los asuntos de gobierno, que resultaban para él pesada carga, y el ministro que le ayudaba a soportarla podía prometerse la esperanza de subyugar al rey. Felizmente para el joven monarca, había tenido la precaución de conservar en el cargo de su primer visir a aquél que había gobernado Asiria durante el reinado de su padre con tanta brillantez como prudencia. Se llamaba este visir Haicar. Era el hombre más instruido de su tiempo en todas las ciencias conocidas. Su discreción, su firmeza, sus recursos y la excelente reputación de que gozaba tenía por resultado la felicidad de los pueblos y la salud de la nación.

Haicar poseía inmensas riquezas. Su palacio abarcaba la extensión de una ciudad. El deseo de tener herederos, más bien que la satisfacción de una vanidad, le había hecho desposar sucesivamente hasta sesenta mujeres. A cada una le había mandado construir una *macsura* (1) para que vivieran separadas; pero no había tenido fruto de ninguno de sus matrimonios, y se apenaba por ello mucho más que hubiera debido hacerlo un sabio como él.

Asfagni, su primera esposa, que no había perdido jamás los derechos que llegó a adquirir sobre su corazón, lo exhortaba en vano a resignarse.

—Un hijo —le decía ella— no es siempre un beneficio del cielo. Ya sabes que yo tuve una hermana a quien el suyo hizo morir de pena. Sométete, querido Haicar, a un decreto que tal vez te libre de muchas amarguras pareciendo que va a colmarte de ellas.

El sabio visir guardaba muchas deferencias a su esposa. Era ella tía del rey Sinharib y jamás se había enorgullecido de su nacimiento. Su conducta siempre había sido dignísima, y por tanto tenía derecho a la estima y a la ternura de su marido. Avergonzado del paso que iba a dar, le ocultó haber consultado con los astrólogos acerca de los medios de que podía valerse para tener un hijo. Los astrólogos, lisonjeados por la confianza que en ellos depositaba una persona de tal rango, no tardaron mucho en contestar y le aconsejaron que hiciera un sacrificio a Bel (2), del cual debía obtener el beneficio que deseaba.

Oriundo Haicar del país de Haram, había traído de allí el conocimiento del verdadero Dios; pero obsesionado por su deseo, fué a visitar al sumo sacerdote de Bel. Ordenó un sacrificio y consultó el oráculo; mas éste quedó mudo y el sacerdote, presa de terror, invitó al visir a retirarse. Apenas había salido del templo y admirado las maravillas de la Naturaleza, amargos remordimientos empezaron a agitar su alma. Vió claramente la ofensa que había cometido contra el Autor de esta magnífica obra, poniendo su confianza en un ídolo impotente, prodigando ante él adoraciones y sacrificios. Al fin levantó los ojos al cielo exclamando:

—¡Oh soberano Creador! Bel es mudo; no puede menos de serlo. No quiere concederme lo que le pido porque es impotente para ello; mas Vos que tenéis en la mano la omnipotencia, que me habéis negado hasta ahora lo que yo os he pedido tantas veces, escuchadme, oid la última plegaria que me atrevo a dirigiros. ¡Dadme, Señor, la bendición de un hijo!

Después de esta invocación el visir bajó los ojos, y con las manos cruzadas sobre el pecho se abismó en un profundo recogimiento. De pronto le pareció oír una voz celestial que decía: «Haicar, no importunes más al cielo. Tú no tendrás hijos; pero puedes adoptar a Nadán, el hijo de tu hermana, y hazlo tu heredero».

Haicar volvió a su casa, y sin hablar a su esposa Asfagni de los sacrificios hechos al ídolo, le dió cuenta de la orden que creía haber recibido del cielo. La virtuosa mujer se dispuso a obedecer a Dios y a su marido. Desde aquel mismo instante adoptaron a Nadán por su propio hijo y pusieron todos sus cuidados y su cariño sobre aquella criatura que parecía haberles sido destinada desde lo alto.

Nadán, favorecido en todo por la Naturaleza, parecía aplicado y estudioso, aparentaba corresponder a las bondades de Haicar y Asfagni y prometía sobrepasar las esperanzas que en él habían concebido. Tenía el ingenio vivo y penetrante; pero todas sus cualidades y virtudes no eran más que aparentes, y tanto tenía de artificio, que cuanto afectaba parecía serle natural. A este peligrosísimo defecto

juntaba el de ser muy reservado: él se observaba continuamente y nunca se descubría.

—Yo querría que nuestro hijo cometiese alguna falta —decía a menudo Asfagni—, aunque no fuera más que para ver la manera que tenía de salir de ella. En verdad que lo encuentro perfecto en todo.

Llegaba Nadán a sus veinticinco años y se hallaba dotado de muchos conocimientos, y manejaba perfectamente los asuntos del gobierno y de la política, en los cuales su tío se complacía instruirle. Devorado por la ambición, no dejaba, sin embargo, vislumbrar la menor chispa, y moderaba tan completamente sus pasiones, que nadie jamás hubiese sospechado que alguna de ellas pudiera dominarlo. Haicar, seducido por tan bellas apariencias, y deseando pasar el resto de sus días en paz y tranquilo, se determinó a pedir al rey su retirada de la corte, rogándole que diera la plaza que él tenía a su sobrino Nadán.

—¡Señor! —le dijo—. Hará bien pronto cuarenta y siete años que tengo el honor de consagrar mis servicios al glorioso monarca tu padre y a ti mismo. La vejez trae consigo la caducidad, y yo no tengo la actividad necesaria para desempeñar dignamente la plaza que ocupo. Habiendo previsto hace ya muchos años que llegaría un momento en que mis fuerzas no podrían secundar mi celo, adopté como mío a un hijo de mi hermana. Le he dado una educación que puede ponerlo en condiciones de servirte dignamente. Por suerte, sus facultades naturales han secundado todos mis esfuerzos, y hoy puedo vanagloriarme de haber formado un ministro más hábil que yo. Sensible a las bondades con que siempre me ha honrado tu amistad, jamás olvidaré su recuerdo, y al pedirte que me concedas mi retirada, puedes contar, señor, con mi devoción a tu persona durante el resto de mi vida. Espero, no obstante, que con un gran visir como Nadán no tendrás nunca necesidad de mis consejos, y que el talento con que él está adornado suplirán a toda mi experiencia.

Sinharib pidió ver a la persona de quien Haicar acababa de hacer tan cumplido elogio. No había nadie que al exterior sedujera más que Nadán. Respondió a las preguntas que el rey juzgó oportuno hacerle con una modestia fingida, y a la vez con tal solidez de ingenio, que anunciaba una madurez de conocimientos de que el monarca quedó maravillado.

—Tú colmas —dijo a Haicar— las obligaciones que yo te tengo con el beneficio que hoy me haces. Voy a coronar tu obra llamando a Nadán al puesto que tú quieres abandonar, y del cual te veo alejarte con pena; mas quiero que seas siempre el primero de los príncipes de mi reino; conservarás todos los honores del grado eminente que abandonas; el acceso a mi persona te será libre en cualquier momento, y mis oídos estarán abiertos de continuo a la sabiduría de tus consejos.

Al mismo tiempo el rey ordenó que se entregase a Haicar un magnífico vestido de honor y que se le regalase un collar de oro, sobre el cual estaba grabado su nombre; enriquecido con diamantes y perlas de extraordinario valor. Mandó también celebrar una fiesta que duró ocho días en todos sus estados en honor de su antiguo visir y por la inauguración del mando de su sucesor.

Nadán, investido con los atributos del nuevo cargo, tomó órdenes del rey acerca de los despachos de gobierno y se tornó al palacio de Haicar.

—¡Querido Nadán! —le dijo su tío—. De aquí en adelante no tendrás casi tiempo para oír los consejos de tu madre y míos. No olvides jamás los que te hemos dado hasta aquí; por haberlos seguido has estado en condición de obtener el favor que yo acabo de hacer recaiga en tu persona. Te prevengo que este favor te expone tanto como te eleva, y te ruego que escuches aún consejos que hubiesen sido prematuros antes de hoy; pero que ahora son para ti de la mayor importancia. Vas a ser revestido de un gran poder; empléalo todo en favor del que te lo da, y piensa que él está celoso de conservarlo. Aleja la familiaridad con tu soberano por medio del respeto, y con tus inferiores, por medio de la reserva. Tú no tienes iguales; tú no podrías tener un amigo. No seas víctima de la corte que te va a rodear: el árbol cargado de frutos atrae a los pájaros, todos vienen a divertirse y a solazarse en sus ramas; pero así que está despojado, lo abandonan y viene a ser juguete de los vientos; la polvareda lo cubre y todos huyen de él. La adulación va a esparcir flores en tu camino; se quemará el incienso a tu alrededor; el sándalo, el áloe y el ámbar

(1) Macsura: palacio pequeño aislado.

(2) Bel: dios de la tierra, llamado En-il entre los asirios.

(Concluirá en el número próximo.)

UN HEROE PERSA

CUENTO DE CALLEJA EN COLORES

La fecha de la historia que voy a referiros se remonta ya a cuarenta años, cuando aún no reinaba el Sha actual que, naturalmente, es mucho más civilizado que sus antecesores.

Sobre todo, Nas-el-din, gozaba de despótico y cruel, y como todos los soberanos asiáticos, era muy desconfiado, padeciendo la monomanía de ver un conspirador dispuesto a suprimirle para ocupar, a su vez, el trono en cuantas personas se le acercaban.

Y de quien más desconfiaba era de sus ministros y parientes, a los que hacía vigilar mientras permanecían en la capital y aun cuando se ausentaban de ella.

El que menos confianza le inspiraba, era su primo Ali, joven guapo, alto y moreno, que tenía fama de ser muy valiente, y así lo había demostrado combatiendo a la tribu de los curdos, que había intentado invadir Persia para destronar luego al soberano.

El Sha, que al principio se había mostrado muy satisfecho y agradecido al valiente muchacho, que había logrado salvar a su reino de aquellos terribles moradores de las estepas del mar Caspio, para recompensarle, le había hecho nombrar general del ejército, otorgando a él y a su hermana Amina, que todos llamaban, por sus buenas cualidades, la *Flor de Teherán*, el título de príncipes.

Pero sucedió que un día algunos se confabularon contra aquel monarca porque, valiéndose y abusando del poder, apuraba la paciencia de sus vasallos, apoderándose de los bienes de los más ricos y molestándoles con mil triquiñuelas y vejaciones.

La conjura fué descubierta, y todos los comprometidos en ella fueron condenados a muerte, y hubo alguien que insinuó en el ánimo del monarca que toda aquella conspiración había sido inspirada por Ali con el fin de apoderarse del trono.

Bastó aquella sospecha para que el tirano sintiera, de repente, un odio feroz contra su pariente, que había sido el más fiel defensor de su patria. No dudó un momento que fuera cierta la noticia que le había dado un envidioso con pérfida intención y mandó llamar a Ali, al cual dijo, rojo por la ira que le embargaba:

—¡Eres un traidor! Tú eres el autor de la conspiración urdida para apoderarte de mi trono.

El joven, que ni por casualidad había tomado parte en la conjura, palideció, y aunque convencido de que su vida se hallaba en peligro, respondió con perfecta sangre fría:

—Señor, dadme una prueba, una sola, de que yo soy el instigador de la conspiración, y si resulta cierta, me mato ahora mismo

ante vuestra vista. Si no fuera completamente inocente de lo que se me acusa, no hablaría así.

—Eres un miserable —gritó, furibundo, el Sha—. La muerte más horrenda sería aún demasiado dulce para castigar tu perfidia.

El muchacho, herido en lo más profundo de su alma, se puso en pie, y con voz conmovida por la rabia y la indignación, dijo:

—¿Y es así como Vuestra Majestad premia el mérito y el valor de los que con su espada defendieron la patria amenazada por los curdos?

—Te hice príncipe de Farsistán y te regalé el magnífico collar de rubíes que adorna tu cuello —contestó el Sha.

—Puede Vuestra Majestad retirarme el título de príncipe, y en cuanto al collar, ved lo que hago con él.

Y uniendo la acción a la palabra, se lo quitó del cuello y lo rompió, esparciéndose por el pavimento de la estancia las piedras preciosas.

Aquel gesto, en vez de irritar más al tirano, pareció, por el contrario, calmarle.

—Tal vez me hayan engañado —exclamó.

—Si Vuestra Majestad se dignara decirme quién ha sido capaz de acusarme, estoy dispuesto a matarle en un duelo leal.

—Esto no puedo hacerlo —contestó el soberano—. Por esta vez te perdono porque creo en tu inocencia; pero ten mucho cuidado porque te haré vigilar de cerca.

Al día siguiente, uno de los altos dignatarios, que desempeñaba el cargo de gobernador de una de las

provincias, era ejecutado, atándole a la boca de un cañón, cuyo disparo le convirtió en mil pedazos. En aquel tiempo no había costumbre en Persia de decapitar ni de empalar a los reos.

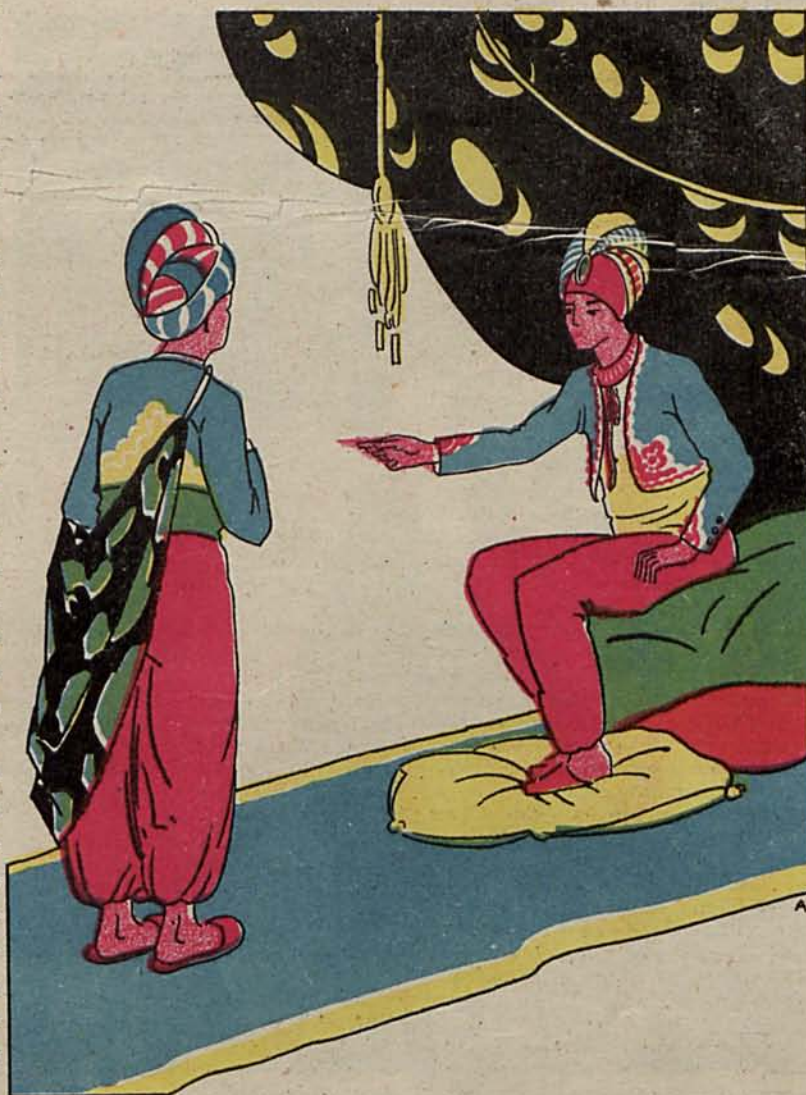
Jamás logró averiguarse por qué aquel infeliz había sido condenado a tan terrible pena.

Ali sospechó que era el autor de la falsa denuncia contra él.

Algunos meses después, una nueva conspiración fué descubierta. Se había organizado por algunos comerciantes, hartos de ser explotados por los funcionarios del gobierno. Uno de los conspiradores atentó contra la vida del monarca, sin lograr, empero, hacerle el menor daño.

La misma tarde, Ali era detenido cuando menos lo esperaba, resultando inútiles las lágrimas que derramó su hermana Amina. Acompañado por numerosa escolta, fué conducido a la fuerte fortaleza de la ciudad, que servía de prisión para tales casos.

La joven, que, muy justificadamente, temía por la vida de su her-





mano, sospechoso desde hacía tiempo, pidió audiencia al Sha, y al encontrarse en su presencia se echó a sus pies, suplicándole que no hiciera caso de las insinuaciones malévolas de sus pérfidos cortesanos.

Pero el monarca, que se hallaba aún bajo el influjo de lo que le habían asegurado, no quiso prestarle oído y le contestó brutalmente, rechazándola.

—Tu hermano es un traidor. Esta vez estoy bien convencido de ello. El ha sido quien ha urdido la nueva conspiración de los comerciantes, y, por lo tanto, le haré empalar.

—Es imposible —contestó Amina, aterrada ante aquella amenaza— que Vuestra Majestad pueda tener una prueba segura de la traición de mi hermano, puesto que él es el hombre más leal de vuestro reino, y, por lo tanto, no podéis dar créditos a los miserables calumniadores, envidiosos de su posición y de su valentía.

—Pues convéncete —respondió el Sha—, y dirigiéndose a un mueble de palo-santo con incrustaciones de nácar, abrió un cajón, y sacando de él un papel, lo puso ante los ojos de la princesa, diciéndole:

—Lee esto, que ha sido hallado en los vestidos del que intentó asesinarme —dijo.

Amina echó una mirada y se quedó intensamente pálida.

En aquel papel no había escritas más que unas pocas líneas para convocar a una reunión en el antiguo palacio de Teherán; pero estaba firmado por Ali.

—Han imitado la letra de mi hermano —exclamó la infeliz—. Lo juro por Mahoma. Ali es inocente, Majestad.

—Puede ser —respondió Nas-el-din—. Pero como yo, entre la duda y la verdad prefiero esta última, tu hermano morirá empalado.

Amina comprendió en aquel momento que sería inútil intentar convencer a aquel déspota cruel, y como estaba segurísima de la fidelidad de su hermano y, además, tenía poderosos amigos en quien poder confiar, tomó su partido.

—Por de pronto, me ocuparé de la huida de mi hermano —pensó—, y luego procuraré descubrir al miserable que ha escondido el billete en las ropas del asesino. Este delito no debe quedar impune.

Amina, aun cuando era todavía muy joven, tenía un carácter muy enérgico.

En cuanto llegó a su casa recogió todas sus alhajas y fué a empeñarlas a casa de un judío que podía disponer de gran cantidad de dinero. Después hizo llamar cuatro amigos suyos y de Ali y concertó con ellos el plan de evasión.

Se trataba de intentar sobornar al comandante de la fortaleza en donde se hallaba el prisionero y de tener preparada suficiente

escolta montada en caballos veloces, a fin de poder ganar, lo antes posible, la frontera de Afganistán, pues una vez que consiguieran entrar en aquel país, cuyo emir era tan poderoso como el mismo Sha, nada tenían que temer.

Para mayor seguridad en la empresa, contrataron también unas cuantas docenas de curdos de Demavend, gente valiente y resuelta a todo, dispuesta a servir siempre al que mejor les pagara; y les designaron para matar a la guardia y forzar la entrada de la fortaleza si había necesidad de ello.

Al día siguiente, al anochecer, Amina, disfrazada con un traje semejante a los que solían usar los jóvenes pertenecientes a la nobleza persa, se dirigió, acompañada de sus amigos, a la fortaleza, y una vez allí pidió hablar con el comandante de ella.

Como se trataba de personajes importantes que figuraban en la corte, el centinela no les opuso dificultad alguna para que pasaran, y el comandante, advertido de su presencia en el casti-

llo, se apresuró a recibirlos. Entretanto, los curdos se habían apostado, disimuladamente, a poca distancia, dispuestos a acudir a la primera señal para degollar la guardia si fuera preciso.

El comandante reconoció a Amina en seguida bajo su disfraz masculino. Consideraba mucho a Ali por haber servido a sus órdenes, y en cuanto vió a la hermana de su antiguo jefe comprendió lo que pretendía; pero sabiendo también que el Sha no le perdonaría su debilidad, fingió al principio resistirse a aceptar las proposiciones que le hacía la valerosa joven. Solamente al oír la para él fabulosa suma de mil *tomani*, o sea una cantidad equivalente a veinte mil pesetas, con cuyo dinero podría él también permitirse el lujo de escapar hacia el mar Caspio o hacia Belveistán, dejó de resis-

tir y accedió a complacer a la princesa.

—Me veo forzado a consentir en lo que me proponéis —dijo—, pero a mi vez huyo, pues el Sha no sólo no me perdonaría, sino que el empalado sería yo.

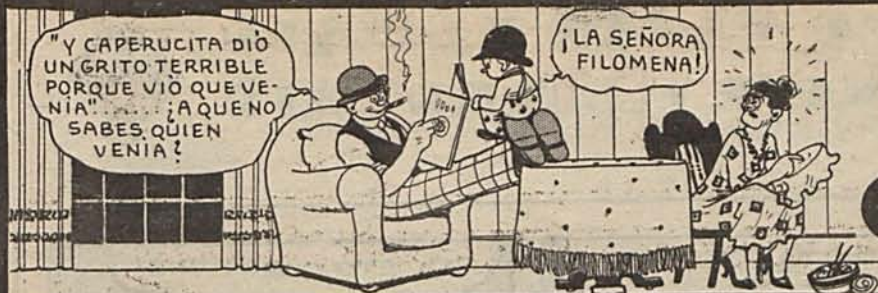
Después abrió la puerta del calabozo, en el cual se hallaba el desventurado príncipe, y le acompañó hasta la puerta del castillo, y luego, diciendo a los centinelas que él iba a Palacio, desde donde le llamaban, montó en uno de los caballos que le pareció mejor, y asegurándose de que llevaba en el bolsillo la suma cobrada, huyó a brida suelta para substraerse al castigo de su tirano señor.

Amina, loca de alegría por ver a su hermano en libertad, le abrazó estrechamente, y entregándole también una fuerte cantidad en dinero, le dijo que partiera cuanto antes y no parara hasta la frontera de Afganistán, y luego, una vez que le vió partir, se volvió ella a su palacio a fin de hacerse menos sospechosa al Sha.

(Concluirá en el número próximo.)

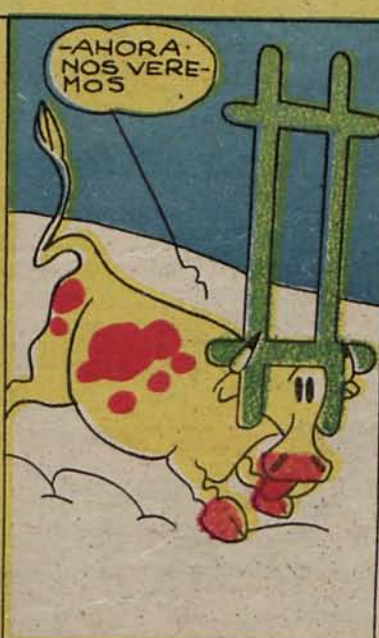
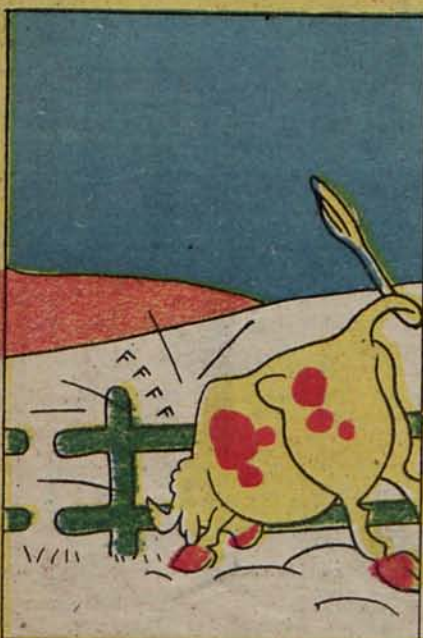


POTIPÁN Y CAÑAMÓN



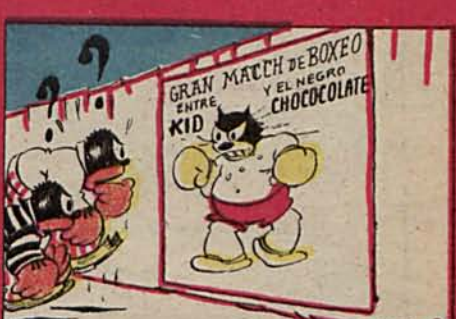


DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO





DACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO.



LAURA, LA COTORRA INDISCRETA





COLORÍN Y SU PANDILLA



BRANNER

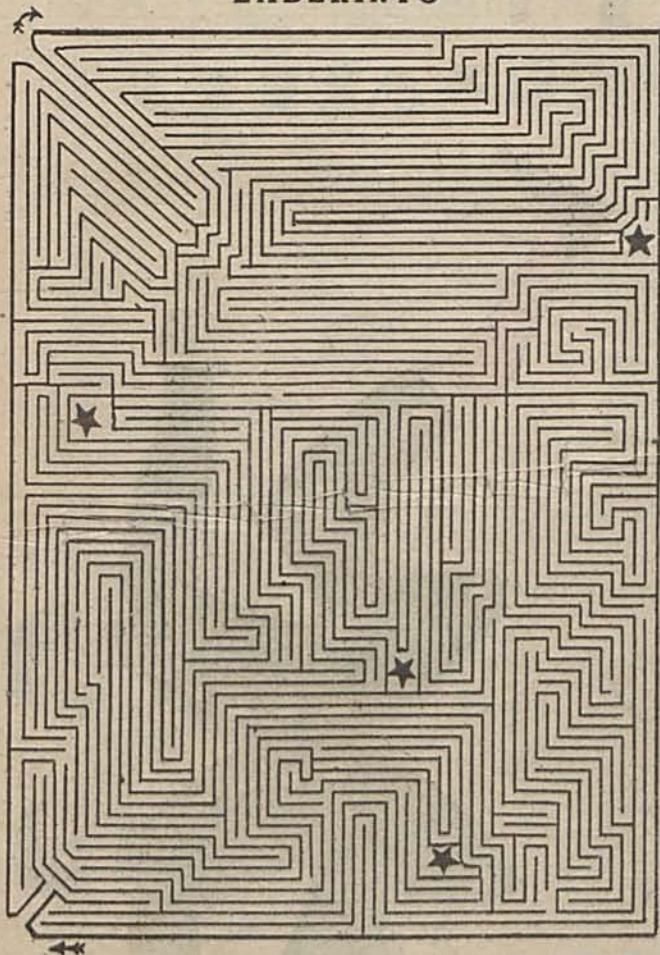
Reg. U. S. Pat. Off. Copyright, 1928. by The Chicago Tribune.

CONCURSO DE PASATIEMPOS

DEL MES DE DICIEMBRE DE 1926

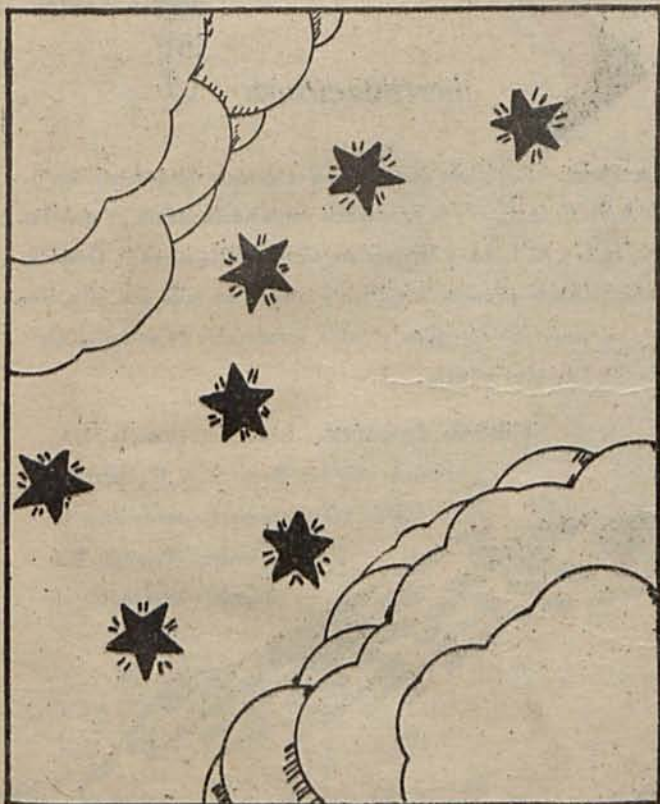
(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos nuestros suscritores. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los suscritores que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

LABERINTO



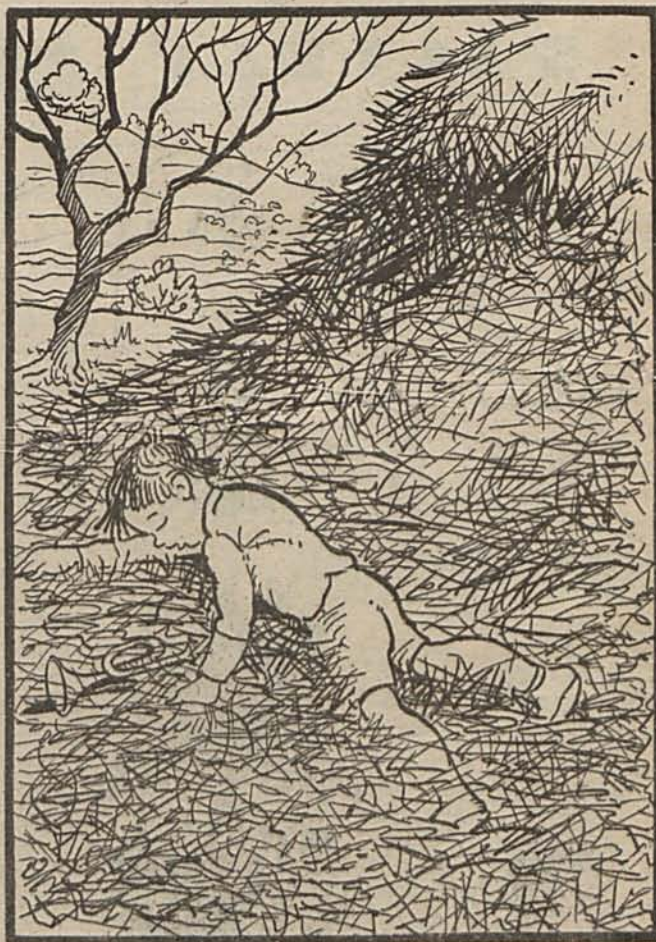
Un niño ha entrado en este laberinto, y ha perdido cuatro estrellas de cartón que llevaba en el bolsillo. El pobre chico está llorando como una Magdalena. ¿Queréis entrar vosotros por el sitio indicado en la parte inferior con una flecha, recoger las cuatro estrellitas y salir por el lugar señalado con otra flecha en la parte superior?

LA OSA MAYOR



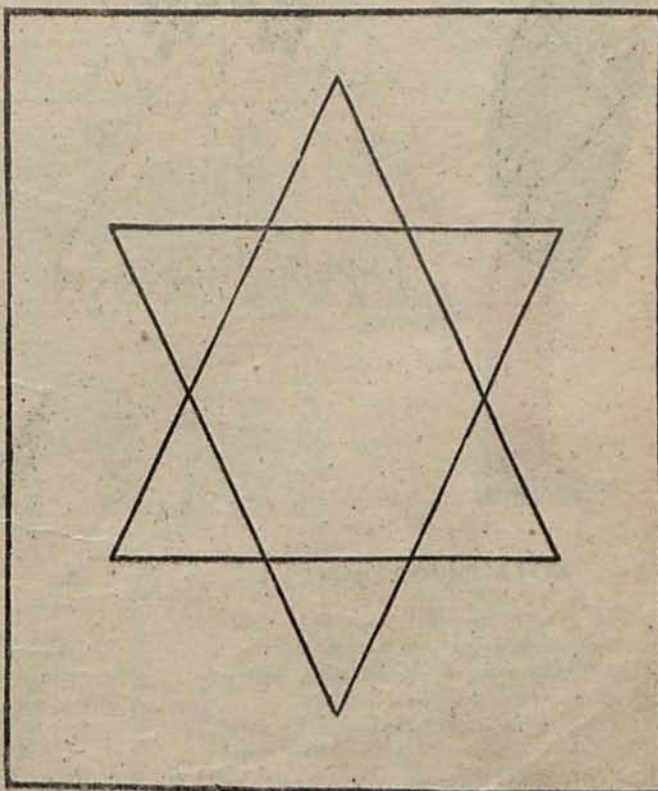
He aquí las siete estrellas que forman la Osa Mayor. Don Turulato, que es un gran astrónomo, os invita a que tracéis tres líneas rectas, de forma que se hagan siete compartimentos y que quede una estrella dentro de cada uno de ellos.

PIPIOLÍN Y LAS VACAS



Pipiolín se ha quedado dormido sobre un enorme montón de paja en el que se han escondido un buey y una vaca que estaban pastando por aquellos alrededores. Ni el buey ni la vaca quieren salir del montón de paja hasta que Pipiolín se despierte. ¿Queréis buscarlos, amables Pinochistas, y hacerlos salir de donde están escondidos?

LA ESTRELLA DE CHAPETE

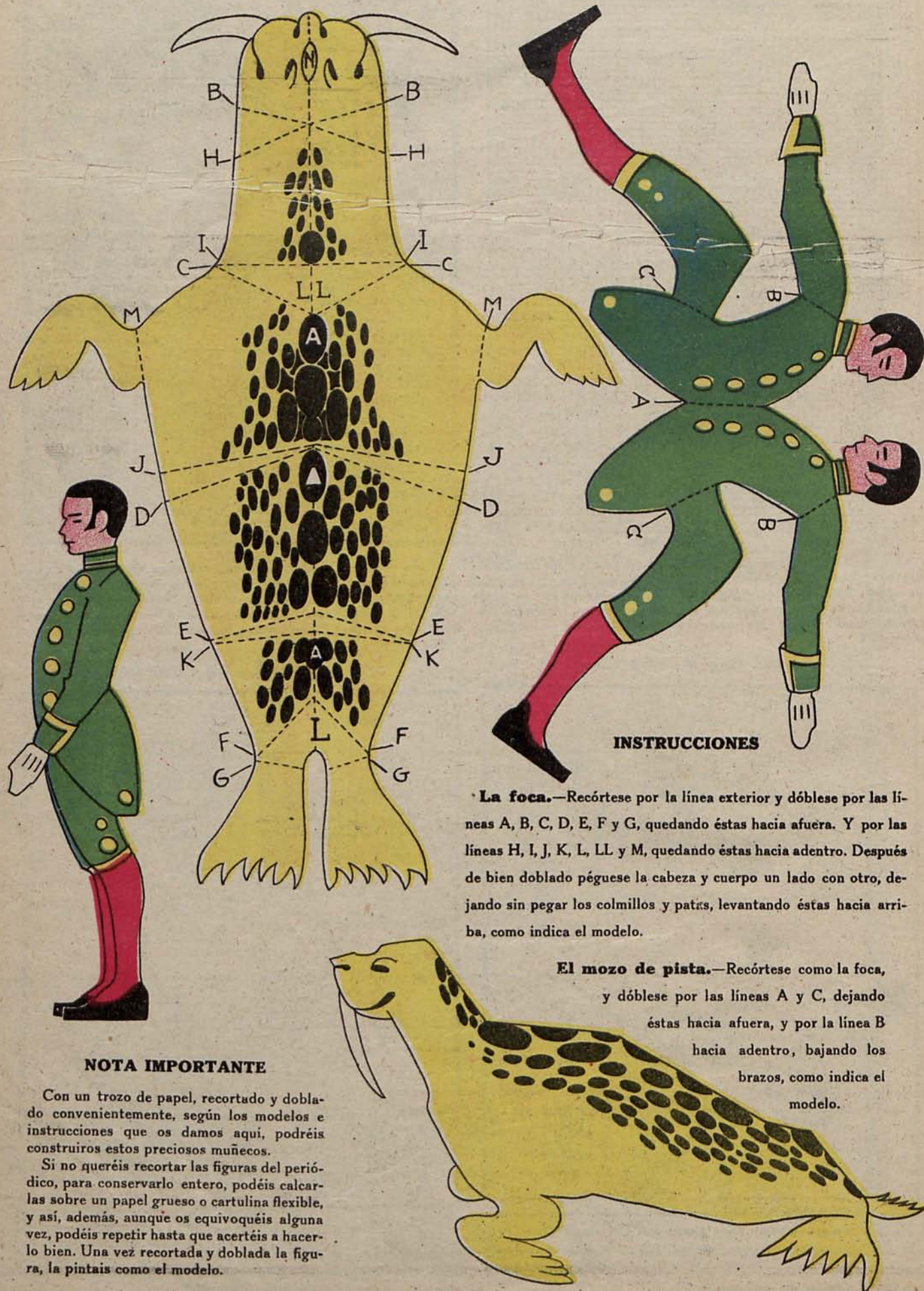


¡Hay que ver el postín que se da Chapete porque dice que sólo ha tardado una semana en trazar esta estrella sin levantar la pluma del papel, sin pasar dos veces por el mismo sitio y sin cruzar ninguna raya! ¿Verdad que vosotros, inteligentes Pinochistas, tardaréis muchísimo menos que el orgulloso Chapete?

SECCIÓN RECREATIVA



FIGURAS RECORTABLES



INSTRUCCIONES

La foca.—Recórtese por la línea exterior y dóblese por las líneas A, B, C, D, E, F y G, quedando éstas hacia afuera. Y por las líneas H, I, J, K, L, LL y M, quedando éstas hacia adentro. Después de bien doblado péguese la cabeza y cuerpo un lado con otro, dejando sin pegar los colmillos y patas, levantando éstas hacia arriba, como indica el modelo.

El mozo de pista.—Recórtese como la foca, y dóblese por las líneas A y C, dejando éstas hacia afuera, y por la línea B hacia adentro, bajando los brazos, como indica el modelo.

NOTA IMPORTANTE

Con un trozo de papel, recortado y doblado convenientemente, según los modelos e instrucciones que os damos aquí, podréis construir estos preciosos muñecos.

Si no queréis recortar las figuras del periódico, para conservarlo entero, podéis calcarlas sobre un papel grueso o cartulina flexible, y así, además, aunque os equivoquéis alguna vez, podéis repetir hasta que acertéis a hacerlo bien. Una vez recortada y doblada la figura, la pintais como el modelo.

COLABORACION PINOCHISTA

DEL MES DE DICIEMBRE DE 1926

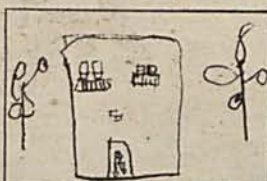
Todos los suscritores pueden enviarnos chistes, dibujos, cuentos e historietas para publicarse en esta sección.
Todos los meses se concederán premios importantes a los mejores trabajos publicados.



—¡Qué contentos van a estar mis hijitos!
—¡Cómo aprieta el sol!
—¡Ay! ¡Ay!
FERNANDITO FERNÁNDEZ.—Bembibre.



Un barco.
CARLOS SOTO.
Madrid.



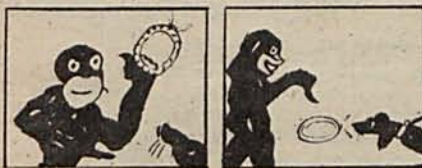
La casa de Pirula.
INESITA CABANÉ.
Barcelona.



Un rebaño.
ENRIQUE JARNÉS.
Siete años.



La niñera, el pinche y el chofer.
ARTURO COLLADO.—Nueve años. Albacete.



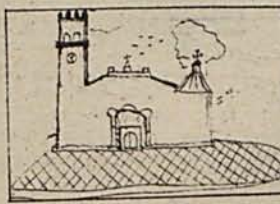
Este negro, tan pedante, al perrito hace rabiar.



Más por ponerse cargante, se queda sin merendar.
ALBERTO DE MAGUA.—Doce años. Chamartín.



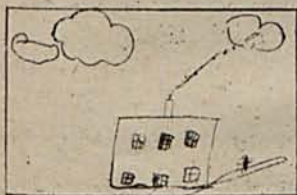
Doña Tula.
MARÍA PÉREZ.
Ocho años. Serón.



La Parroquia de Totana.
N. N.



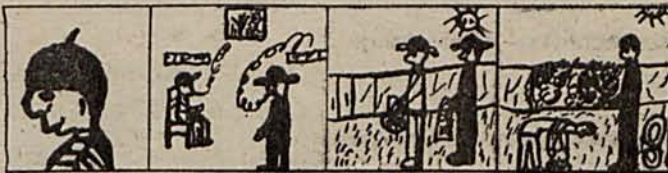
El sueño de un Pinochista el día de su santo.
LUISILLO BALMORI.
Colorito.



Mi casa.
ALFREDO PÉREZ TORREBLANCA.
Ocho años.



Insañtáneas tomadas en Costa Rica por
ALCIDES MÉNDEZ.
Catorce años. Costa Rica.



El bandido Cataplón, grandes robos cometía.
Y por eso decidieron llevarle a la comisaría.
Se fueron a pasear y prepararon un truco para poderlo cazar.
Untaron cola a una valla y pusieron un cesto de merienda.



Después se escondieron para verlo llegar.
No tardó el bandido, Al apoyar las manos en la valla se quedó pegado y a la «Comi» merienda me espera, pagado.
Entre los dos lo despegaron y a la «Comi» se lo llevaron.
ANTONIA SANZ.—Once años. Madrid.

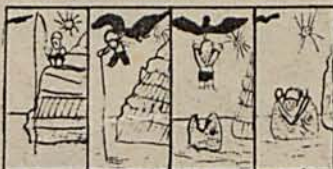


Pinocho, Pirula y Chapete.
JUAN CAZADILLA.—Madrid.

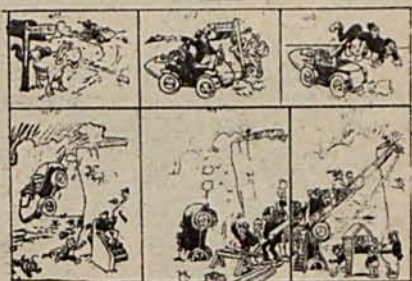
LAS OBLIGACIONES DEL BUEN PINOCHISTA

(No se incluyen en ellas las que corresponden no sólo a los buenos Pinochistas, sino a todos los hombres buenos.)

- 1.ª Leer **PINOCHO** cada semana (si todas nuestras obligaciones fueran tan divertidas..., ¿verdad?)
- 2.ª A ser posible, suscribirse a la revista del héroe de madera.
- 3.ª Procurar que **Pinocho** y su revista sean conocidos, protegidos y reverenciados en todas partes.
- 4.ª Tener siempre completa la **Serie Pinocho contra Chapete** (porque no tenerla sería una tontería, con lo preciosos que son todos los tomos), y reunir la mayor cantidad posible de **Cuentos de Calleja**.
- 5.ª Usar en su correspondencia epistolar el **Papel de cartas Pinochista**, que es estupendo.
- 6.ª Si le toca un premio en los sorteos de regalos y en los concursos de **PINOCHO**, decirselo a todos sus amigos para que vean qué premios regala y sortea entre sus suscritores este semanario inmortal, colosal y sin igual.



Historia de un pescador de sardinas.
ABEL SÁNCHEZ AZPIAZU.
Diez años.



Historia de un accidente que fue útil a la gente.
JOSÉ SERRANO CUBILLO.
Villanueva Minas.



Una buena parada.
JULIO ZAHONERO.
Doce años. Madrid.



Un camarero.
JUAN P.
Barcelona.

CUPÓN DE COLABORACION PINOCHISTA
CORRESPONDIENTE AL NÚM. 96
Envío del suscriptor (1) Don

(1) Sólo los suscritores pueden colaborar en esta sección.



—¡A ver, Chapete, si haces como yo!
MARGARITA DAHL.
Tánger.



Historieta muda, por
JULIO ROCNA.

Soluciones de los problemas y pasatiempos correspondientes al mes de junio.

NÚMEROS 68, 69, 70, Y 71

¿CUÁLES SON LOS ERRORES QUE HAY EN ESTE DIBUJO?



Los errores son los que siguen: 1.º Hay un neumático que tiene dos válvulas.—2.º El auto no tiene la ventanilla trasera.—3.º El motor está en marcha mientras el mecánico está debajo del coche.—4.º En la escalera falta un peldaño.—5.º Que a una de las cuerdas de tender la ropa le falta la garrucha.—6.º La portezuela del automóvil tiene la manecilla al lado contrario.—7.º La casilla del perro tiene una puerta muy pequeña.—8.º Una de las estacas que sujetan la valla está puesta en el lado contrario.—9.º Al automóvil le falta el número de la matrícula.—10. Las ruedas son diferentes.—11. Una de las piezas de ropa que está tendida no tiene pinzas para sujetarla.—12. El auto lleva el tope atrás.

UN CONCIERTO EN LA GRANJA



LA ESTRELLA DE SEIS PUNTAS



RIÑA DE GALLOS



ROMPECABEZAS



¿CUÁLES SON LOS ERRORES QUE HAY EN ESTE DIBUJO?



Los doce errores que hay son estos: 1.º El que está leyendo tiene el periódico al revés.—2.º El tirador de la puerta está al lado contrario.—3.º El auricular del teléfono está al revés.—4.º El empleado está sentado en la mesa al lado contrario de donde debe estar.—5.º Uno de los cajones de la mesa está sin asidero.—6.º A la puertecilla que cierra la barandilla le falta un gozne.—7.º El tirador de la persiana no está en el centro.—8.º A la mesa que hay junto a la ventana le falta una pata.—9.º Los humos de las chimeneas que hay dibujadas en el cuadro van en direcciones distintas.—10. El grifo del filtro está mal colocado.—11. El pantalón del visitante tiene un doblez en la pierna derecha y no en la izquierda.—12. Lleva una bota de botones y otra de cordones.

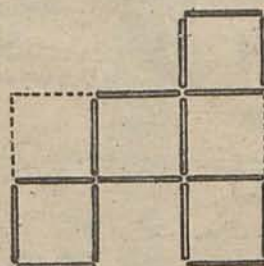
EL POBRE PERICO



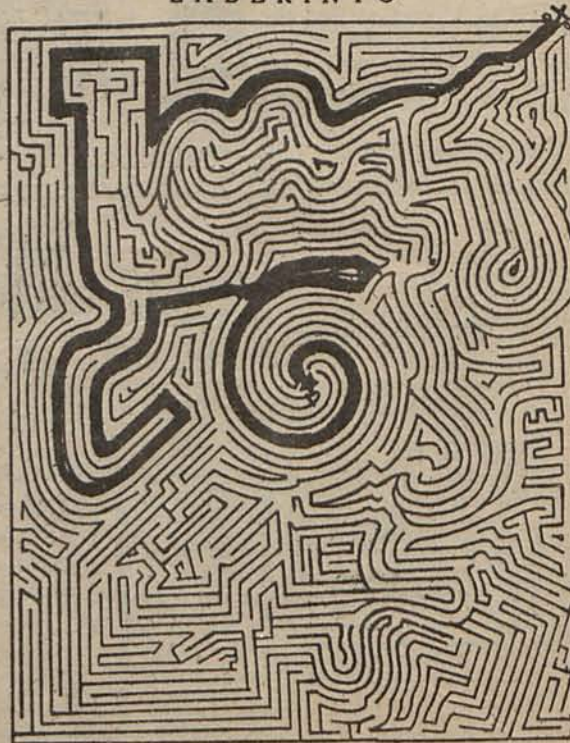
ROBERTO Y CELIA



PROBLEMA DE LAS CERILLAS



LABERINTO





¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—¿Qué te ha parecido, amigo Chonón, mi té con pastas?
—Excelente, querido buho. Agradezco tu convite y quedas invitado a venir el próximo domingo a mi casa a tomar el té conmigo. ¿Qué dices?
—Que acepto la invitación y que procures que no falte la mermelada.
—Descuida, que mi mesa estará tan bien servida como la tuya. Tendrás de todo, y todo será bueno.
—¡Qué golosos somos!
—A nadie le amarga un dulce. ¿Qué culpa tenemos nosotros?
—Ninguna.
—La tiene el azúcar, por ser dulce, ¿verdad?
—La tienen las golosinas, que se hacen con el azúcar.
—Pero ¿es que el azúcar, en sí, no es ya una golosina?
—Nada de eso, amigo Chonón, ¡Qué va a ser una golosina el azúcar! Un producto de necesidad tan imprescindible como el pan y el agua no es una golosina.
—Pero ¿hay algo tan necesario como el pan y el agua?
—Las medicinas.
—Tienes razón. ¿Y qué tienen que ver las medicinas con el azúcar?
—Tan necesario es el azúcar en un laboratorio de farmacia, que sin él no sería posible la elaboración de muchos medicamentos. Pero no solamente es esto, curioso Chonón. Además, el azúcar es el principal alimento de muchísimas de las cosas que comemos. Puede decirse que sin él no sería posible la vida. Ya ves cómo no es justo llamar golosina al azúcar.
—Yo me refería a los dulces que se hacen con el azúcar. Habla de las pastas, de los bombones, de los pirulís, de las peladillas.
—Sin todo eso podemos pasar perfectamente; pero sin azúcar, no.
—Háblame, pues, del azúcar. Dime de dónde se extrae, cómo se hace.
—Se extrae de muchos sitios. Lo hay en la savia de muchos árboles, en la carnosidad de los frutos, en los tubérculos, en la caña de azúcar; el mismo néctar de las flores contiene mucho azúcar; y no te cito más cosas, porque habría que hacer una lista inacabable de ellas. En la América del Norte hay un árbol, el arce del azúcar se llama, que produce una cantidad enorme de este producto. Su savia, que es la sangre del árbol, es extraída por unos agujeros que se hacen en el tronco. Los chiquillos introducen unos tubitos para chupar el sabroso jarabe.
—¡Qué suerte tienen!
—Esta savia la hierven en grandes calderos, y después de quitar la espuma, que es donde están contenidas todas las impurezas, de-

jan que cristalice el líquido, lo dejan enfriar y ya está convertido en azúcar.

—Bien fácil es hacer azúcar, ¿verdad?
—Este del zumo del arce, sí; pero el que más se consume, que es el de remolacha, exige muchas más complicaciones de elaboración. Para ello hay grandes fábricas que producen enormes cantidades de este producto.

—Y dime, ¿es verdad eso que he oído decir de que se emplean huesos en la elaboración del azúcar?

—Es cierto.
—Entonces no vuelvo a comer nada que tenga azúcar.
—Pues harás una gran tontería, querido Chonón. Es lo mismo que si no quisieras comer pan porque el campo está abonado con estiércol.

—Explicate.
—Una de las muchas operaciones que hay que hacer en la elaboración del azúcar es la clarificación y el blanqueo. Esto se obtiene por medio de cal en su estado más puro. Los huesos contienen gran cantidad de esta materia; pero cuando llega a mezclarse con el azúcar, ya no queda de los huesos ni el nombre. Se han limpiado, se han triturado, se han pulverizado y se han sometido a la acción del fuego, que lo purifica todo. Con esta serie de transformaciones queda solamente un residuo de cal químicamente pura y muy beneficiosa, por cuanto es un poderoso fortificante del organismo humano.

—Tus sabias palabras alejan de mí toda aprensión.
—¡Naturalmente!
—¿Y hace muchos años que se conoce el azúcar?
—Muchísimos. Su historia es casi tan vieja como la historia del mundo. Claro que el primer azúcar conocido fué el de caña, porque fué el más fácil de conocer; pero andando el tiempo se han descubierto muchos productos de donde sacar el azúcar. Hoy día es la remolacha el más importante, y se cultiva en cantidades fabulosas. En España mismo hay regiones, como Aragón, que constituye el principal cultivo.

—Tenías razón, amigo buho. El azúcar no es una golosina.
—Las golosinas son las que tú me vas a tener preparadas el domingo que viene en tu mesa.
—¡Y que lo digas!
—No te olvides de la mermelada ni de las pastas.
—Ya te he dicho que habrá de todo y que todo será bueno.
—Pues entonces, hasta el domingo.
—Hasta el domingo.

CONCURSO DE CHISTES, DIBUJOS, CUENTOS E HISTORIETAS DEL MES DE JULIO

FALLO DEL JURADO

Chistes ilustrados.

Primer premio.—Anita Florán, Málaga.

Segundo premio.—José María Aguirre, Bilbao.

Historietas.

Primer premio.—Juliáa Orden.

Segundo premio.—Ramón Navas.

Cuentos.

Primer premio.—Manuel Méndez Mein, Buenos Aires.

Segundo premio.—D. G. S., Granada.

Dibujos.

Primer premio.—Marcel Edgardo Gómez, Cartagena (Colombia).

Segundo premio.—M. N. M., Madrid.

Alfredo Díez, Alfaro.

MENCIONES HONORÍFICAS

Como menciones honoríficas con derecho a diploma publicamos los nombres de los Pinochistas cuyos trabajos, insertos en los números del mes de julio de PINOCHO, han merecido el elogio unánime del jurado competente.

La lista de Pinochistas diplomados es la que sigue:

Chistes ilustrados.

Sebastián Trujols, Barcelona; Danielín M. Gutiérrez, Santander; R. D. L.; Alfredo Pinello, Colombia; Consuelo Alonso, Madrid; Antolin López; Asunción Jaén, Granada; Rosario Fernández, Madrid; Eduardo Sánchez, Valencia; José Luis Herrero, Madrid.

Cuentos.

Alvaro y Totó Montoya W., Bogotá; Demetrio E. Valdés, Panamá.

Historietas.

Antonio Vega de Seoane; José Serrano Cubillo, Sevilla.

Dibujos.

Víctor Zarcón; Luis García de Marco, Madrid; Antonio Oria; Federico García; José López; Federico Carmona; José Cerón; Francisco Leal; Jesús Medrano; Enrique Prieto; Guido Petricione, Barcelona; Gabriel Monje, Madrid; C. O.; Lolín Baldosano; Pepita Utrilla; María Méndez, Pontevedra; T. M., Madrid; José Mora, Barcelona; Enrique Martín, Madrid; Eduardo Estirado, Madrid; Rafael Santamaría; E. E.; M. L.; José Masaquez, Madrid; Elena Olano, Gijón; F. Casado; Mario J. Mazas, Orense; Miguel Lozano; Arturo Laplana, Madrid; Mercedes Rey, París; Luis Arias; María de Alvear; Joaquín Tenas; María Barroso, Málaga; M. Pérez; Jesús Sanz Díez; José González.

Los Pinochistas premiados podrán recoger sus premios en la Administración de PINOCHO, calle de Valencia, 28, Madrid, hasta pasado un mes de la publicación del presente número. Para entregar cada premio se exigirá a cada Pinochista que entregue su retrato (para publicarlo en la revista) y que acredite ser suscriptor, puesto que los no suscritores quedan excluidos de premio en estos concursos. Los que deseen recibir su premio en su casa (sea en Madrid, en provincias o en América) deberán escribir a PINOCHO, apartado 447, Madrid, reclamando el premio que le haya correspondido (los suscritores de América tendrán tres meses para reclamarlo), acreditando asimismo ser suscriptor, acompañando igualmente a la carta su retrato y añadiendo una peseta en sellos para gastos de envío del premio.

NAVIDAD AÑO NUEVO REYES

El mejor regalo es siempre el libro.

Pedid **gratis** sus catálogos a la

Editorial "Saturnino Calleja", S. A.

Calle de Valencia, 28, MADRID,

*y hallaréis la lista de los
famosísimos e incomparables*

CUENTOS DE CALLEJA

*y miles de libros más, interesantes,
útiles y amenos.*



VALE

PARA HACER UN PEDIDO DE LIBROS A LA
EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA", S. A.,
VALENCIA, NÚM. 28, MADRID, CON RÉBAJA DEL

25 %

Caduca el 31 Dicbre. 1927.

Este VALE sólo sirve para UN pedido hecho directamente a la Editorial "Saturnino Calleja", de Madrid; por tanto, no tiene valor alguno presentándolo en una librería. Se pueden comprar libros elegidos entre todos los publicados por la Editorial "Saturnino Calleja", sin limitación de precio ni de cantidad, pero pidiendo sólo un ejemplar de cada uno. Cada suscriptor podrá hacer uso de estos vales sólo tres veces cada año.

NOMBRE DEL SUSCRITOR QUE UTILIZA EL VALE: D.

calle de núm. Población Provincia

Algunos suscriptores no han recibido los VALES a que les da derecho su suscripción para hacer pedidos de libros a la EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA", S. A., con importantes rebajas. Otros nos dicen que se les han perdido. Otros, que ya utilizaron aquellos vales y quieren otro. Para que todos queden complacidos, publicamos hoy, y publicaremos algunas veces más, este VALE
TODOS LOS SUSCRITORES podrán utilizarlo; y SOLO LOS SUSCRITORES.

PINOCHO, CHAPETE Y LOS REYES MAGOS



*Regalad a vuestros amigos este
preciosísimo tomo de la incomparable*

SERIE PINOCHO CONTRA CHAPETE

*Lo encontrareis en todas las librerías; y
lo podéis recibir en casa pidiendolo a la*

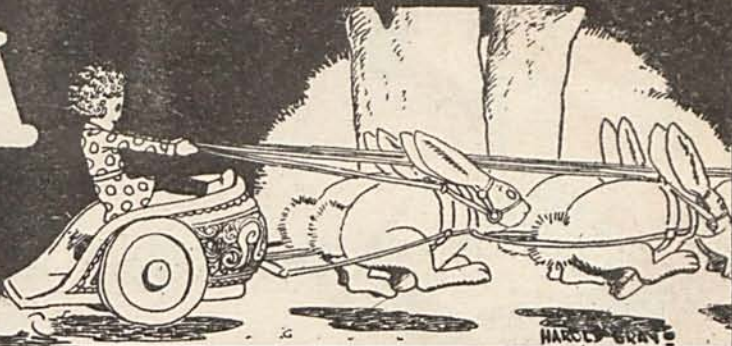
Editorial "Saturnino Calleja", S. A.

Calle de Valencia, 28, Madrid,

*y enviando 1,50 ptas., más 0,75 para
gastos de envío y franqueo certificado.*

PINOCHO, CHAPETE Y LOS REYES MAGOS

ANITA BUEN- CORAZON



MARCO GARCIA





Sección PIRULA

PIRULA, BORDADORA

*Para adornar
una tela de luna-
res.—Por la pri*

jugar a las tiendas, pero que, según le ha enseñado papá, no debe presentarse en ninguna parte.

En cuanto a hacer alguna labor..., ¡muy fácil había de ser para estar al alcance de los conocimientos de la pobre Rosita de Pitiminí!

Pues bien, más fácil que esta que hoy presento aquí, ninguna.

Sirve para adornar cualquier tela de lunares, dándole un realce extraordinario merced a cierto punto de una sencillez completamente digna de Pitiminí y cuya

mera vez en los cinco años, cuatro meses y doce días de su vida, Pitiminí (en su fe de bautismo figura otro nombre, el de Rosita; pero nació tan monina, que dieron en llamarla Rosita Pitiminí, y en Pitiminí ha quedado), la benjamina de la familia, la mimada de todos, la «chiquitiya» de la casa, está preocupada y cabizbaja.

La cosa no es para malos; dentro de pocos días será el santo de Victoria, una damisela de doce años que es a la vez la hermana mayor y la mejor amiga de Pitiminí; ella le regala cintas para el pelo y lápices sin punta; ella le riza los bucles, ella la distrae contándole las *Aventuras de Pinocho*, y, sobre todo, ella rea-

liza, en su honor, cuantos modelos de baberos o delantallitos aparecen en esta Sección, de la que es lectora infatigable.

En cambio, Pitiminí ¿qué le regalará a su hermana? Dinero no tiene, naturalmente; en su hucha sólo hay unas cuantas monedas de dos céntimos, dos de a real... francesas, y una peseta falsa, valiosísima para

ampliación podéis ver en el grabado.

Primero se hace alrededor del lunar una doble fila de punto de cadeneta; luego se dan unas puntadas en la forma en que aparece la aguja; cada una de estas puntadas se remata, como veis, con una puntada sencilla.

Este punto se utiliza mucho también para bordar en telas lisas margaritas, cuyo centro, aquí figurado por el lunar, se borda entonces a punto de nudo.

El modelo adjunto es una blusa muy propia para niñas de la edad de Victorita, la hermana de Pitiminí, y que puede hacerse en cualquier tela barata, vuela de algodón o percal, lo mismo que en seda.

De todos modos ha de resultar graciosa, alegre y de muy buen gusto para llevarla con una falda de lanilla plisada o tableada.

